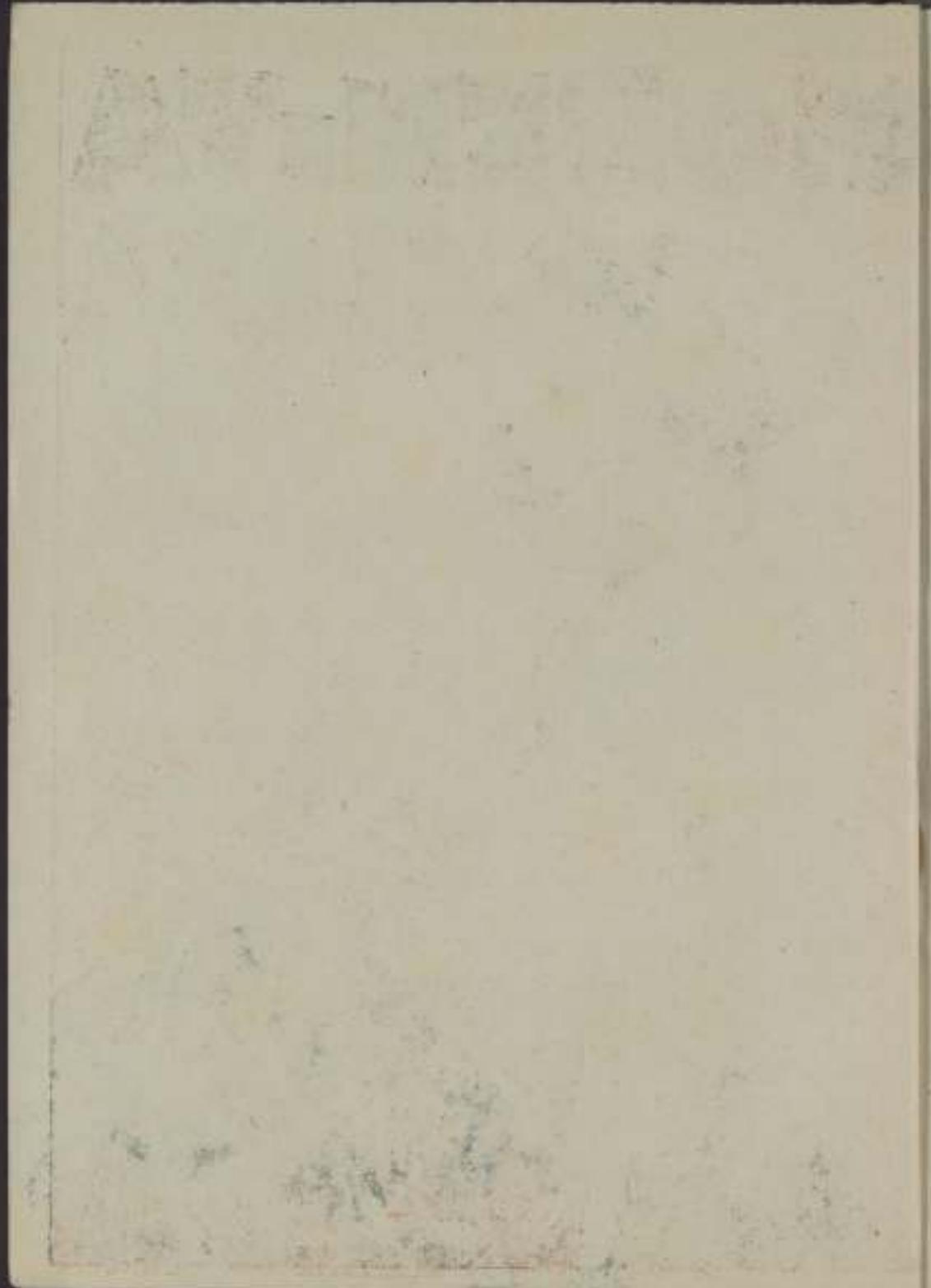


MORENITA CLARA

Editorial Juras

Evita
MUÑOZ
Margarita
MORA
Arturo
SOTO RANGEL

Editorial Juras S.A. SERIE ESPECIAL





MORENITA CLARA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
PRESS
CHICAGO, ILL. U.S.A.

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70637
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

Apartado 707 // BARCELONA // Teléfono 70657
Valencia, 234 // Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENCIA DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbá, 16, Barcelona - Fernex, 4, Madrid

EDITORIAL

"ALAS"



AÑO XX

SERIE ESPECIAL

NUM. 370

NUM. 121

MORENITA CLARA

La gentilísima estrella infantil **Evita Muñoz** en un papel lleno de ternura y emoción. La Cinematografía azteca, hermana de la española en muchos conceptos, logra con este film conmovedor un triunfo verdadero en el que se rehabilita la nobleza gitana. **Evita Muñoz** es la **Morenita Clara** de esta película que interesa y entretiene a todo el mundo.

DISTRIBUIDA POR

CICOSA

(CINEMATOGRAFIA COMERCIAL, S. A.)
Jacometrezo, 14 - MADRID

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Chachita (Morenita Clara)</i>	Evita Muñoz
<i>Soledad</i>	Margarita Mora
<i>Adriano</i>	Antonio Junco
<i>Juan</i>	Arturo Soto Rangel
<i>Padre Jesús</i>	Antonio Soler
<i>Carmen</i>	Elena Villahermoso

Dirección del film por
Joselito Rodríguez

Narración literaria por
Luis Manuel Molina

UN HIJO PERDIDO

En una de las más elegantes avenidas de la ciudad se erguía majestuoso y altivo el palacio de don Juan Alberto de la Rosa. Nadie que pasara ante él podía evitar una mirada llena de admiración: tal era el hechizo que emanaba de su sobria y elegante construcción. Sus jardines, su arboleda, la imagen temblorosa de su mole en el estanque; todo, en suma, constituía un alarde de belleza y esplendor.

Cualquier visitante que acudiera al palacio habría de cruzar, una vez atravesada su magnífica cancela de hierro forjado, un jardín delicioso poblado de exuberantes flores que denotaban el buen gusto de los propietarios de tan soberbia mansión. Después, terminados de ascender varios peldaños y una vez que pulsara el timbre, un elegante criado —del que más tarde nos ocuparemos— le hubiera abierto la puerta y dirigido en tono afable y cortés los saludos y preguntas de rigor.

Si el visitante en cuestión hubiese llegado en el preciso momento de comenzar nuestra narración y tras cruzar por el amplio y suntuoso «hall», se hubiera detenido ante la puerta del comedor, habría podido observar a tres personas que, sentadas en

torno a una mesa, al paso que daban fin a una succulenta cena conversaban de esta manera:

—... Sí, de acuerdo. Comprendo que quizás mi resolución pueda pasar a primera vista como severa. Pero si tenemos en cuenta los motivos que me han impulsado a ella, no creo que a nadie pueda parecer tan severa.

El que así hablaba era don Juan Alberto de la Rosa, hombre cincuentón, grueso. Su abundante y plateada cabellera caía descuidadamente sobre sus sienes. La expresión de su rostro aparecía un tanto dolorida por los padecimientos físicos y morales que le aquejaban. Si hubiéramos podido quitarle —como una máscara— la expresión que en ese momento y accidentalmente tenía su rostro, habríamos descubierto unos rasgos duros, altaneros; en una palabra: orgullosos.

Carmen, su esposa, algunos años más joven que él, era una mujer aunque entrada en carnes de aspecto aristocrático. Su rostro, no obstante la expresión de bondad, dejaba entrever unos rasgos de firmeza, firmeza que en aquellos momentos flaqueaba.

—Acepto tus razones —dijo Carmen, conteniendo las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos—; pero se trata de mi hijo... de nuestro hijo.

—Sí, nuestro hijo. Nuestro único hijo, a quien yo he favorecido constantemente, pero quien paga mis desvelos contrariándome, disgustándome —la voz de Juan era enérgica y dura: voz de hombre resentido.

—Hazte cargo de las circunstancias en que ha obrado Carlos. Su amor sincero por Soledad...

No pudo continuar, la voz de Juan cortó alruda:

—¡No! No menciones el nombre de esa repugnante mujer. ¡Una gitana! ¡Dios mío! —sus últimas palabras fueron acompañadas por un ademán de desesperación.

Carmen, realizando un último esfuerzo por contener sus lágrimas, trató de convencer a su marido:

—Juan, no es delito querer a una mujer. No importa que sea humilde, con tal de que sea buena. Si nuestro hijo, llevado por

su amor, ha contraído matrimonio con una gitana, no debe ser éste obstáculo que nos separe de él. No debemos abandonarlo. Permítele que vuelva a casa. Si le faltara nuestro apoyo... Es demasiado joven... —un nudo en la garganta impidió a Carmen seguir hablando. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, obligándola a abandonar la mesa.

Juan hizo un gesto de contrariedad al ver alejarse a su esposa, pero su corazón permaneció frío de indiferencia a pesar de las palabras de Carmen. Cuando ésta se hubo marchado, Juan dirigió la palabra al tercer comensal, que hasta entonces había permanecido en silencio. Se trataba de un joven de unos veinticinco años. Aspecto insípido y un tanto cursi, de modales afectados.

—Espero, Adrián, que sabrás hacerte cargo mejor que tu madre.

—Sí, te comprendo..., papá—dijo el interpelado, haciendo incapie en su última palabra.

Juan no respondió: guardó silencio. Meditó unos instantes sobre los sucesos ocurridos. Sus manos acariciaron pausadamente su blanca cabellera. Después, con el acento de quien relata una antigua historia, comenzó:

—Cuando yo me casé con tu madre tenías tú ya tres años. Pensé que podía ocupar el puesto que tu padre dejó al morir y, efectivamente, así fué. Te cuidé y te eduqué como si fueras mi verdadero hijo...

—Y yo te quise y te querré siempre como si fueras mi verdadero padre—interrumpió, adulator, Adrián.

—Más tarde—prosiguió Juan, agradeciendo el cumplido—, cuando nació Carlos, incliné un poco la balanza de su parte al nombrarle único heredero en mi testamento, pero salvo esta diferencia, mi trato y mi cariño fué igual para ambos. Pues bien, ¿has tenido o tienes queja alguna de mi comportamiento?

—Todo lo contrario, papá—respondió rápidamente Adrián—. No tengo sino motivos de agradecimiento.

—Pues bien—afajó Juan—. Si esto es así, ¿por qué motivo obró Carlos de esa manera?

—¿Como no lo hiciera para deshonrar a nuestra familia?—dijo Adrián, fingiendo inocencia al paso que arrojaba la cizaña.

—Tú lo has dicho, Adrián—respondió Juan—. ¡Ese bellaco de Carlos! Yo, Juan Alberto de la Rosa, emparentado con una gitana, ¡Y todavía hay quien me juzga severo...!

—Has obrado con justicia, papá. No con severidad — dijo Adrián.

Juan no respondió. Su rostro se contrajo de ira. En su mente se engendraba un nuevo castigo para Carlos. Adrián, un tanto violento por el silencio y temiendo que su padastro se ablandara, aventuró con inusitada malicia unas palabras:

—Y pensar que este soberbio palacio junto con tu fortuna pasará algún día al poder de un desagradecido.

Las palabras de Adrián cayeron como plomo derretido en los oídos de Juan, sacándole de su ensimismamiento. Con satisfacción, satisfacción animal del que ve cumplirse su venganza, Juan anunció con solemnidad la resolución que había tomado segundos antes:

—Adrián, quiero que sepas que he decidido modificar mi testamento. Cambiaré tan sólo la cláusula del beneficiario. A partir de hoy —prosiguió pausadamente para dar mayor fuerza a sus palabras— tú, que siempre has sido obediente y cariñoso para conmigo, serás mi único heredero.

Adrián, emocionado por la noticia, apenas si pudo murmurar unas palabras de agradecimiento. Roque, de aspecto friamente cortés y desde hacía algunos años criado de la casa, llegó a tiempo para oír las últimas palabras de Juan. No queriendo perder la ocasión de congratarse con su futuro señor, esbozó, adulator, una sonrisa de felicitación dirigida a Adrián.



La sacristía de la parroquia de San Luis se diferenciaba muy poco de las demás sacristías de las restantes parroquias del orbe católico. Sus paredes, materialmente forradas de archivos, tan sólo dejaban un hueco en donde un gran crucifijo presidía la habitación. El resto del mobiliario lo constituían un armario, un par de mesas de escritorio y unas cuantas sillas.

Parapetado en una de las mesas se encontraba el párroco, sacerdote ya de edad. Su rostro reflejaba una bondad sobrenatural. Era su inteligencia, aguda y penetrante; su carácter, enérgico y decidido.

Ante él se encontraba un hombre, apenas si alcanzaba la mayoría de edad. Alto y fornido, aparentaba más años de los que en realidad tenía. Sobrio en su vestido y correcto en sus ademanes. Si don Juan Alberto de la Rosa —a quien ya conocemos— pudiera rejuvenecerse treinta años, hubiera sido una copia exacta de este muchacho.

Carlos, que así se llamaba el hombre a quien aludimos y cuyo parentesco con don Juan Alberto de la Rosa habrá adivinado el lector, había acudido a despedirse de su párroco, el padre Jesús.

—De forma que tu resolución es irrevocable—dijo el sacerdote—. ¿Piensas abandonar la idea de una reconciliación con tu padre y marcharte del país?

—De sobra conoce usted el carácter de mi padre. Ha sido un golpe muy fuerte para su orgullo y será casi imposible toda reconciliación con él. Además —añadió Carlos—, Soledad quiere que vivamos con el dinero que yo gane.

—Pero, hijo mío, ¿cómo piensas abrirte camino?—interrogó preocupado, el padre Jesús.

—Aunque sólo fuera la confianza que tengo en mí, me bastaría para triunfar; pero además cuento con mis conocimientos de aviación. Sé que los comienzos serán duros, pero Dios me ayudará y podré reunirme con Soledad.

—Bien, muchacho—animó el padre Jesús—. Si tu resolución es firme, todo saldrá a pedir de boca. De todas formas, ya sabes que puedes contar conmigo para cuanto necesites.

—Gracias, padre Jesús—respondió agradecido Carlos—. Contando de antemano con su generosidad, pensaba rogarle velara por Soledad en mi ausencia. Usted, padre —agregó—, fué quien me bautizó, más tarde recibí por primera vez la Sagrada Comunión de sus manos; finalmente, hace días, bendijo mi unión con Soledad. Siempre he tenido confianza en usted; pero ahora más que nunca, ya que además es en la única persona que en estos momentos puedo confiar.

—No tengas ningún cuidado, yo velaré por Soledad y procuraré que nada le falte. Además —añadió animoso el sacerdote—, no tardarás en triunfar y volver a reunirte con ella.

—Gracias, padre Jesús—respondió Carlos—. Adiós.

El padre Jesús se levantó para despedir a Carlos. Le acompañó hasta la puerta, una vez en ella tendió su mano a Carlos, quien respetuosamente la besó.

—Suerte, Carlos, que Dios te bendiga—se despidió cariñoso el sacerdote.

—Adiós, padre Jesús—repuso Carlos, marchándose.



Habían transcurrido varios meses. Soledad —la esposa de Carlos—, gitana auténtica y bella, de tez morena y delicada, dió felizmente a luz una linda niña.

La casa en que vivían madre e hija respiraba pobreza, pobreza que disimulaba el cuidado de una mano femenina y primorosa que, como varita mágica, transformaba unos trapitos en delicados visillos, unas miserables tablas en una soberbia mesa, y así, de esta manera, otras muchas milagrosas transformaciones.

No olvidó el padre Jesús la promesa que hizo a Carlos cuando éste partió. Con gran frecuencia acudía a casa de Soledad, llevándole el consuelo espiritual y la ayuda material de que tanto precisaba. Tampoco olvidaba nunca el regalito para Chachita, la hermosa hija de Carlos y ahijada suya, por la que sentía un gran cariño.

Cierta día, al saludar Soledad al padre Jesús, notó cierta expresión en su rostro que le hizo temer que algo malo hubiese ocurrido. No quiso, sin embargo, preguntar nada, pues temía importunarle; segura, además, que si a ella se refería, no tardaría en decírselo.

El padre Jesús, después de saludar a Soledad, se dirigió a la cuna donde estaba Chachita y, esforzándose en aparentar la mayor naturalidad, hizo un simpático mohín al paso que decía:

—Morenita linda, ¿qué te trae hoy tu padrino?—sacó de su bolsillo un gracioso sonajero que puso en sus diminutas manos—. ¿Te gusta, Chachita?

La pequeña debió comprender la pregunta, pues agitó entusiasmada el sonajero, sonriendo complacida. El padre Jesús sonrió también al ver expresar a su ahijada el agradecimiento, pero su sonrisa quedó helada en sus labios al encontrarse con la mirada inquisitiva de Soledad. La esposa de Carlos no pudo evitar ya la pregunta que salía de su corazón.

—Padre Jesús, ¿qué sucede?—preguntó, angustiada.

—Nada, hija mía—respondió, queriendo tranquilizarla, y añadió—: Pero debes tener resignación.

—¿Le ha sucedido algo malo a mi Carlos?—la voz de Soledad se convertía en sollozos.

—Hija, hace días tuve carta de un compañero suyo. Hubo una avería en el avión en que viajaban. Consiguieron aterrizar, aunque violentamente. El resultó herido; Carlos, en cambio...

No necesitó proseguir, Soledad, con sus sollozos, le indicó que había adivinado las palabras que le faltaban.

LA PREOCUPACION DEL PADRE JESUS

Los años que siguieron a la muerte de Carlos no fueron nada felices para Soledad y Chachita. De no haber sido por el padre Jesús, que continuaba prestando su ayuda, madre e hija hubieran pasado muy mal. No obstante esta ayuda generosa y desinteresada, Soledad se veía precisada a trabajar para poder cubrir las más imprescindibles necesidades de la vida.

Chachita, cumplida ya los seis años, era una gitanilla castiza y resalada; sus ojos alegres y vivarachos iluminaban su semblante con una enorme alegría, acentuada aún más por la sonrisa constante de su pequeñita boca. Con rara penetración en una niña de su edad, comprendía perfectamente la situación precaria en que se desenvolvía su vida y procuraba por ello ayudar a su madre en el trabajo. Sus manos diminutas y ágiles trenzaban primorosamente el junco, convirtiéndolo, poco a poco, en preciosas cestitas que luego vendía Soledad en las ferias. No turbaba esta seriedad su espontánea alegría que, como un manantial brotaba de su corazón inundando su hogar de radiante felicidad. Más de una vez hacía alguna escapadilla para jugar a las bolas con los chiquillos, juego al que era extraordinariamente aficionada y al

que jugaba con una gran destreza. Su carácter decidido y alegre la hacía llevar la voz cantante entre los chicos de su pandilla y en cualquier discusión que surgiera entre los chiquillos, ella decidía siempre cuál de ellos tenía razón.

Constituía esta libertad en que vivía Chachita un motivo más de preocupación para el padre Jesús, quien, como es lógico, temiera que pudiera convertirse en una chiquilla malcriada, si bien el ejemplo y la bondad de Soledad disipaban por el momento sus temores.

Esta preocupación, unida a la que le proporcionaba la estrechez económica en que vivían madre e hija, fué causa de que a veces perdiera la paciencia al considerar que existía alguien que, teniendo bienes materiales y estando obligado por lazos de parentesco, se resistía a prestar el auxilio que precisaban.

Espoleado por esta lógica indignación, decidió al fin visitar a don Juan Alberto de la Rosa, a quien le unían, además, lazos de amistad.

Cuando después de esta determinación el padre Jesús fué a visitar a Juan, le halló postrado en el lecho, sujeto más por la pereza que por la afección cardíaca que le aquejaba.

—Buenos días—saludó el padre Jesús nada más entrar en la habitación.

—Buenos días, Jesús—repuso Juan, levantando la vista del periódico que estaba leyendo.

—¿Enfermo, Juan? —preguntó el padre Jesús, interesándose por su salud al verlo acostado a tan altas horas de la mañana.

—Sí, Jesús, lo de siempre, el corazón—respondió el aludido en tono quejumbroso y llevándose la mano al costado.

—No será de arrepentimiento—el padre Jesús atacó: iba dispuesto a hacerlo y como hombre decidido que era no quiso andar con rodeos.

—¿Qué pretendes decir con estas palabras, Jesús?—interrogó Juan, acusando el golpe.

—De sobra lo sabes tú, hipocritón—respondió el interpelado, sentándose a los pies de la cama.

Juan no se molestó por la dureza del calificativo, conociendo la bondad del padre Jesús; lo aceptó como en realidad era, es decir, como una amonestación cariñosa.

Viendo el padre Jesús que nada replicaba a sus palabras, decidió continuar atacando:

—¿Es posible, grandísimo granuja —también esta vez había algo en su voz y en su rostro que suavizaba la aspereza de sus palabras—, que mientras alguien de tu misma sangre sufre en estos momentos a causa de tu estúpido orgullo, tú estés dándote esta vida de holgazán? ¿Cómo te atreves...?

El padre Jesús no pudo continuar, pues Juan cortó, malhumorado:

—Conozco el disco, Jesús; si sólo has venido a eso, puedes largarte —y añadió—: ¿O prefieres seguir molestando a un enfermo?

—Si a alguien molesto es a un holgazán y no a un enfermo. Además, de todas formas, no me pienso marchar hasta que no me hayas oído —replicó enérgico el padre Jesús.

—Bien, si es así, continúa; pero haz el favor de acabar pronto —murmuró Juan, resignado.

—Pues bien, escucha —comenzó el sacerdote—: Ya va siendo hora de que vayas reparando los males que tu necio orgullo ha ocasionado. Tienes la obligación de abandonar todo prejuicio y de amparar a quienes están ligados a ti por lazos familiares. Ya otras veces te he hablado de lo mismo. Pero hoy la situación se hace insostenible. Chachita ya tiene edad para comenzar su educación, debe ir a un colegio y tú eres el único que puedes costearse. Además, quiero que se aleje de ese ambiente callejero y venga a vivir contigo.

Juan, que había estado escuchando casi indiferente al padre Jesús, no pudo evitar un sobresalto al oír las últimas palabras.

—Jesús —dijo—, puede que hubiera transigido con tu pretensión de que costeara los estudios a esa niña, pero pretender que venga a vivir conmigo es demasiado —terminó Juan, perdiendo la paciencia.

—«Véis, notis», quieras o no quieras—el padre Jesús reforzaba de cuando en cuando sus frases con una expresión latina—ha de venir Chachita a esta casa, así es que espero que hoy mismo comiences a preparar su habitación.

Dicho esto, el padre Jesús se levantó, y sin esperar respuesta alguna de Juan se marchó de la habitación; al pasar por el «hall» se encontró con la esposa de Juan, a quien saludó:

—Buenos días, Carmen.

—Buenos días, padre Jesús—respondió la aludida—; ¿habló usted ya con mi marido?

—Sí, Carmen; le propuse que viniera Chachita, y temo que se haya enfadado muchísimo. Procure usted calmarle. De todas formas, traeré mañana a la niña.

—¿De veras, padre?—preguntó alborozada Carmen— Qué alegría me da usted con la noticia.

—Siempre tan buena, Carmen—dijo el padre Jesús—. No me explico cómo su marido, teniendo a su lado, no se ha contagiado de su bondad.

—Gracias, padre Jesús, me juzga mejor de lo que merezco.

—Adiós, Carmen—se despidió el padre Jesús.

—Adiós, padre—respondió Carmen, besando la mano al sacerdote.

Cuando se hubo marchado el padre Jesús, Carmen entró en la habitación de su marido. Le encontró enfadadísimo: la conversación que acababa de sostener con el padre Jesús le había puesto de un humor pésimo.

Trató de aparentar que ignoraba el motivo de su enfado y preguntó:

—¿Cómo te encuentras, Juan?

—Mal. Muy mal, peor después de hablar con ese loco.

—¿Que te dijo? ¿De qué hablasteis?—preguntó Carmen, fingiendo ignorancia.

—De Chachita—respondió Juan, malhumorado—, la hija de esa gitana.

—Y nuestra nieta, Juan; no debemos olvidarlo—añadió Carmen.

—¿Nuestra nieta?... ¡Bah! —dijo despectivo Juan, añadiendo—; Pretende nada menos que venga a vivir con nosotros ¿Una niña mal educada en mi casa? Yo que necesito tranquilidad y descanso, tener que soportar a una impertinente criatura, ¡jamás! —terminó Juan, rabioso.

—No comprendo por qué dices eso; después de todo es nuestra nieta, y no es una pretensión absurda que una nieta viva en casa de sus abuelos—razonó Carmen, tratando de persuadir a su marido.

Juan no replicó; viendo a su esposa de parte del padre Jesús, se conformó tan sólo con volver la cabeza en otra dirección, dando a entender, mejor que con palabras, que le dejaran descansar sin importarle con tan, para él, enojoso asunto.



Al día siguiente, el padre Jesús fué en busca de Chachita. Encontró a Soledad que recogía los cubiertos de la mesa. La pequeña no estaba en la casa, indudablemente habría salido a jugar con los chiquillos.

—Buenas tardes, Soledad—saludó el sacerdote.

—Buenas nos dé Dios—repuso Soledad.

—¿Habéis comido ya?—preguntó el padre Jesús al ver recoger la mesa.

—Comer, lo que se dice comer, no—contestó la gitana, queriendo bromear—. Pero hemos engañado el estómago, ¡que ya es bastante!—terminó, sonriente.

—Tú siempre de buen humor, Soledad — contestó el padre Jesús, contagiado de su alegría.

—Es lo que le pido siempre a Dios. Primero, buen humor; después, comida —y añadió—: ¿Qué le trae de bueno, padre Jesús?

—Vengo a pedir tu consentimiento para llevarme una cosa de esta casa—repuso el sacerdote, justificando el motivo de su visita.

—Concedido—otorgó rápida Soledad. Era tal la confianza que tenía en el padre Jesús que daba su consentimiento antes de preguntar de qué se trataba.

—Pero, hija mía, ¿me lo concedes sin saber de qué se trata? —preguntó admirado el padre Jesús.

—Sí, padre, por tratarse de usted. Pero dígame, ¿qué es lo que quiere llevarse?—preguntó con un mohín de curiosidad.

—A Chachita—respondió el sacerdote.

—¡Ay, Dios mío! ¿Y para qué se la quiere llevar? —A Soledad le sorprendió extraordinariamente la pretensión del padre Jesús.

—Para llevarla a casa de su abuelo y se eduque a su lado —explicó el padre Jesús.

—¿Y ya no podré verla más?—preguntó entristecida Soledad.

—Claro que sí, hija mía—respondió el sacerdote con tono tranquilizador—. Primero haré un hueco para Chachita y después Chachita hará un hueco para ti. ¿Te parece bien la idea?

—Sí, padre; pero ¿qué dice a todo esto don Juan Alberto? ¿Está conforme?—preguntó la gitana.

—No, hija; pero no tardará en estarlo, te lo aseguro—respondió el padre Jesús.

—Si es así, padre, será para mí una gran alegría—dijo Soledad, y añadió—: ¿Cuándo quiere llevarse a mi Morenita Clara?

—Ahora mismo. Avisala, pues veo que no está en casa—dijo el padre Jesús.

—Voy en seguida, no tardo nada.

Soledad salió dejando al padre Jesús solo. La mirada del sacerdote recorrió lentamente la habitación en donde se encontraba. Era el aposento a la vez comedor, dormitorio y cocina.

Pensó que si todo iba bien, pronto, madre e hija abandonarían esas miserables cuatro paredes para vivir en el magnífico palacio de don Juan Alberto de la Rosa. Sonrió al imaginar la sorpresa que se llevaría Chachita cuando entrara en su nueva casa. Se imaginaba ya el enfado de Juan cuando le viera llegar con la pequeña. Pensó que habría de prevenir a Morenita Clara para que no se asustara con los gruñidos del abuelo...

La entrada de Soledad acompañada de Chachita interrumpió los pensamientos del padre Jesús. Chachita corrió en seguida hacia su padrino.

—¡Hola, padrinito lindo!—exclamó, zalamera—. Deme un abrazo y un beso si es verdad lo que me ha dicho mi mamaita de que me va llevar a casa de mi abuelo.

—Toma; Morenita Clara, un abrazo y un beso—dijo el sacerdote, uniendo la acción a la palabra, y añadió—: Sí, es verdad que voy a llevarte a casa del abuelo.

—Pero antes has de lavarte y peinarte—terció Soledad—. Mientras tanto yo te plancharé un poco el trajecito.

En pocos minutos Chachita estuvo preparada. Dió un beso de despedida a su madre y salió con el padre Jesús.

EN CASA DE JUAN

Durante el camino, el padre Jesús advirtió a Chachita cómo había de comportarse en casa de su abuelo. Le explicó que estaba enfermo y que por eso tenía a veces mal genio, pero que a pesar de ello era muy bueno y que pronto la querría mucho.

Cuando llegaron, Morenita Clara se quedó admirada, le parecía un sueño pensar que iba a vivir en esa magnífica casa.

Llamaron a la puerta. Roque, al abrir y ver al sacerdote acompañado por una gitanilla, hizo una mueca de disgusto: era un criado muy presuntuoso, a quien molestaba tratar con gente humilde. El padre Jesús entró decidido en la casa llevando de su mano a Chachita, y ordenó al criado que avisase a Carmen.

Mientras esperaban que llegara la abuela, Chachita contempló admirada el lujo extraordinario del «hacienda». Contempló la soberbia sillería, las blandas y mullidas alfombras, los cuadros que adornaban las paredes. Uno de ellos llamó poderosamente su atención: era un retrato de un general de lanceros. Vestía uniforme de gala y estaba cubierto con un casco reluciente.

—Dígame, padre Jesús, ¿quién es ese señor que está ahí pin-

tado?—preguntó Chachita, señalando con su dedo el cuadro del general.

—Es tu bisabuelo, Morenita Clara, es decir, el padre de tu abuelito—explicó el sacerdote.

—¿Y era bombero?—preguntó la niña con inocencia.

Efectivamente, el uniforme que lucía el general, ya en desuso en el ejército, guardaba cierta semejanza con el que actualmente usan los bomberos.

• —No, hija, era militar—aclaró el padre Jesús, sonriendo por la ocurrencia de la niña.

—Bueno, padre, sería militar —y añadió—: Pero vestido de bombero.

El padre Jesús sonrió nuevamente ante la simpática muestra de ingenuidad de la gitanilla. Continuaba con la sonrisa en los labios cuando entró Carmen, que viendo a su nieta se dirigió apresurada hacia ella sin hacer apenas caso del saludo que le hizo el padre Jesús. La abrazó emocionada. La conocía tan sólo por las descripciones que de ella había hecho el sacerdote y se sentía dichosa abrazándola y contemplando cómo el padre Jesús no se había excedido en los elogios que le había prodigado.

Cuando se hubo repuesto de la emoción, un torrente de palabras brotó de su boca:

—Mi querida nietecita. Qué alegría abrazarte. Qué guapa eres. ¿Cuántos años tienes? —Chachita enseñó seis dedos—. Es verdad, seis. ¡Qué torpe soy! mira que no acordarme. Éstas hecha una mujercita. Cuánto te quiero. ¿Me quieres tú a mí?—preguntó.

—Sí, mucho, abuelita—respondió algo tímida Morenita Clara, pero contenta por tan buen recibimiento—. El padre Jesús me dijo que eras muy buena.

El sacerdote, aunque complacido por el magnífico recibimiento que Carmen había tributado a la niña, estaba impaciente por ver cómo reaccionaba Juan; por ello, dirigiéndose a Carmen, dijo:

—Carmen, quédese usted aquí un momento con la niña, mientras yo anuncio su llegada a Juan —y añadió, dirigiéndose

a Chachita—: ¿No te importa quedarte aquí mientras aviso a tu abuelito?

—No, padre Jesús; la abuelita y yo nos queremos mucho y esperaremos hasta que usted vuelva—respondió Chachita.

El padre Jesús se dirigió a la habitación de Juan. En pocas palabras le comunicó que había traído a su nieta y que en seguida la haría pasar a su habitación.

—Espero—terminó diciéndole—que no asustarás a la niña con tus gruñidos.

—A la niña, no, después de todo no tiene ella la culpa. A ti es a quien debiera gruñir y echar de esta casa por meterte en donde nadie te llama—dijo Juan, amonestando a su amigo, y añadió—: Bueno, que pase, pero que se largue en seguida.

El padre Jesús no necesitó oír más, abrió la puerta e hizo desde allí mismo señas a Chachita para que entrara en la habitación. La niña, un poco cohibida, pero decidida, se separó de su abuelita y se dirigió a la habitación de Juan. Al entrar halló a su abuelo sentado en una butaca y con cara de muy pocos amigos.

—Buenas tardes, abuelito—murmuró.

Juan no respondió. Dirigió tan sólo una vaga mirada a su nieta, pero sin inmutarse, como quien ve llover. Chachita no esperaba este recibimiento. Un gruñido no le hubiera extrañado, pero esa indiferencia no la comprendía.

—Buenas tardes—dijo nuevamente, y como viera que Juan no respondía, aventuró la misma pregunta que había oído dirigir a algunos niños sosos cuando no querían hablar—. ¿Qué te pasa, abuelito, te has tragado la lengua?

Juan soltó un bufido. Consideró como una impertinencia lo que solamente había sido una graciosa ocurrencia de una niña salada.

—Buenas tardes, nifia—dijo con voz irritada—. Veo que estás muy mal educada.

—Yo no te he querido molestar, abuelito; pero como no me contestabas—dijo Chachita, compungida.

—Bueno, no vayas a empezar a llorar. No me gusta ver llorar a los niños.

No era precisamente por sentimentalismo por lo que no le gustaba oír llorar a los niños, sino porque consideraba molesto y desagradable el llanto de cualquier persona. Morenita Clara lo interpretó al revés y dijo a su abuelito con ingenua sinceridad:

—Que bueno eres, abuelito. No ora verdad eso que me dijo el padre Jesús de que tenías mal genio.

—¿Cómo?—pregunó Juan, dirigiendo una mirada amenazadora al padre Jesús, testigo mudo de esta escena—. ¿Qué te ha contado de mí? Dimelo, pues pareces sincera.

—Morenita Clara me llaman, Morenita por mis colores y Clara porque siempre digo las cosas con claridad—explicó Chachita.

—Pues bien, Morenita Clara, dime todo lo que hayas oído decir de mí, pero espera que se marche ese señor—dijo Juan.

Se refería, naturalmente, al padre Jesús, quien, sin ofenderse y haciendo una pequeña inclinación con la cabeza, se retiró de la habitación, seguro ya de que Juan había caído en el cepo de la simpatía de Chachita.

Cuando se quedaron solos, Juan le hizo una infinidad de preguntas. Quiso, al final, saber si había estudiado y le preguntó:

—¿Sabes leer y escribir?

—Sí—asintió Morenita Clara, y añadió—: Me enseñó mi mamá.

—¿Y qué más te enseñó tu madre?

—Pues a rezar—y viendo la cara de disgusto de Juan, preguntó—. ¿Tú no rezas, abuelito?

—No—respondió molesto.

—¿Es que no sabes?—inquirió Chachita, asombrada.

—No, ni quiero—repuso Juan, desabrido.

—Pues yo te enseñaré—dijo resuelta Morenita Clara.

* * *

Cuando Adrián se enteró, gracias a Roque, que era su confidente, de la llegada de su sobrina, se dirigió rápidamente en busca de su madre. Nada más encontrarla, le dirigió en tono de reproche estas palabras:

—Mamá, cómo has permitido que entre una ladrona en esta casa.

—¡Hijo mío! —exclamó asustada Carmen al oír semejante exabrupto en la boca de su hijo—. ¿Cómo puedes decir esto?

—Sí, mamá, quien dijo gitana, dijo ladrona.

—No, hijo mío. Es una niña muy buena y cariñosa. Es, además, sobrina tuya y nieta mía. Son motivos más que suficientes para brindarle nuestro cariño—razonó Carmen.

—Y motivo también, más que suficiente—repuso Adrián, empleando casi sus mismas palabras— para ser la comidilla de toda la sociedad. Haz lo que quieras, mamá, pero mi consejo es que cuanto antes terminemos con este asunto, mejor. Si no se marcha en seguida, tarde o temprano nos hemos de arrepentir de no haberla echado de esta casa.

Quiso Carmen intentar persuadir a su hijo, pero no lo consiguió, porque éste, de un modo grosero, volvió la espalda y se marchó.

* * *

Aquella noche el padre Jesús acompañó a Chachita mientras se acostaba en su nuevo cuarto. Carmen era quien se había encargado de su instalación y, verdaderamente, dado el poco tiempo

de que dispuso, consiguió un resultado magnífico. No había omitido detalle. Una linda camita, un diminuto tocador, unas cortinas alegres, unas sillitas y un magnífico ángel de la guarda en la cabecera de la cama. Todo, en suma, hacía agradable el descanso en esa habitación.

Chachita después de rezar sus oraciones dijo al sacerdote:

—Padre, le va usted a decir a mi mamá que tengo muchas ganas de verla, pero que aquí tengo mucho trabajo. Voy a tener que enseñar al abuelito a rezar, a confesar y a comulgar —y añadió con ademán de estar abrumada por sus nuevas ocupaciones—: ¡Dios mío, cuánto trabajo!

El padre Jesús sonrió a la niña, le dio las buenas noches y después de apagar las luces se marchó de la habitación.



A la mañana siguiente Chachita se levantó algo temprano. Se arregló y salió de su habitación. Cuando cruzaba el «hall» no pudo resistir la tentación de dar unos saltitos sobre uno de los mullidos sillones. Cuando más entretenida estaba con sus brinquitos oyó unos pasos que la obligaron a guardar cierta compostura. Por una de las cortinas apareció Adrián, que con la cabeza alta y gesto orgulloso cruzó rápidamente por delante de Chachita.

—Buenos días—saludó Morenita Clara.

—¡Uh!—dijo por toda respuesta Adrián, volviendo la cabeza en otra dirección.

Chachita se quedó sorprendida, pero su sorpresa aumentó cuando vio que aparecía una de las doncellas provista de un plumero y sin decir nada se puso a quitar el polvo de una mesa.

—Buenos días—dijo Chachita.

—¡Uh!—nuevamente recibió la misma respuesta.

—¡Jesús! ¡Qué charlatanes son todos en esta casa!—bromeó Morenita Clara.

Ni una sonrisa para celebrar la ocurrencia de la niña. Terminó de limpiar la mesa y sin decir una palabra se marchó.

Chachita continuó curioseando lo que había a su alrededor. Su mirada tropezó con el retrato de su bisabuelo, al que dirigió un simpático saludo militar.

Acertó también a pasar Roque y esta vez Chachita no quiso aventurar un saludo hasta que no se lo hubieran dirigido a ella. Esperó en vano, Roque atravesó el «hall» con paso rápido sin molestarse siquiera en mirar a la niña.

Cansada ya del desfile de tanto mudo, Chachita se dirigió a la habitación de sus abuelos. Encontró a Carmen ya levantada, en tanto que Juan permanecía acostado. Al verla, su abuela se sorprendió alegremente y corrió a abrazarla.

—Buenos días, abuelita—dijo al paso que le devolvía sus besos y abrazos.

—¿Has descansado bien, Chachita?—preguntó cariñosa Carmen.

—Sí, abuelita—respondió la niña, y añadió, obsesionada por lo que le había ocurrido momentos antes—: ¿Oye, los que viven en esta casa son mudos o sordos?

—Ninguna de las dos cosas, Chachita; ¿por qué lo dices?

—Pues mira. Estaba yo allí en ese sitio donde hay unas sillas muy blandas y ¡zas!, cuando menos lo espero aparece un señor así de cursi—imitó con gran comicidad el gesto de Adrián—; yo le digo: «Buenos días» y él me responde: «¡Uh!». Al poco viene una chacha con una servilleta con muchos pliegues en la cabeza—se refería, claro está, a la cofia—, y lo mismo: la saludo y no me responde. Y después pasó el cara vinagre ese que me abrió la puerta cuando vine y tampoco dijo nada. ¡Qué le vamos a hacer!—terminó resignada Morenita Clara.

—No te preocupes por eso, Chachita—dijo Carmen, quitándole importancia a la grosería que su hijo y sus criados habían cometido con su nieta—. Lo que pasa es que todavía no te conocen. Ya verás cómo, cuando te conozcan, te querrán todos mucho.

—Sí, abuelita; pero ¿qué le sucede al abuelito que no se ha levantado todavía? ¿Está enfermo?—preguntó, viendo que Juan permanecía aún en el lecho.

—No, pequesía, es que se levanta siempre tarde—contestó Carmen.

—¡Jesús! ¡Qué perezoso!—dijo Chachita con graciosa sinceridad.

Juan, que tan sólo estaba adormilado y había oído todo lo que habla dicho la niña, al sentirse llamado perezoso dió un gruñido y miró enfadado a Chachita con el rabillo del ojo. Morenita Clara aprovechó para saludarle:

—Buenos días, abuelo.

Juan no respondió.

—Lo ves, abuelita—dijo compungida Chachita—, en esta casa no me quiere nadie.

—No, Chachita; no debes decir eso. Es que tu abuelito está dormido y no te ha oído—repuso Carmen.

—Sí que me ha oído. No está dormido, le he visto como me miraba—contestó Morenita Clara, y se dirigió decidida a la cama del abuelo. Agarró por un pico las sábanas y tirando de ellas destapó casi al abuelo.

—¡Quieta, niña!—tronó Juan—. ¡Déjame descansar!

—¿No has descansado ya esta noche?—preguntó, y añadió con acento zalamero—: ¡Pero qué vaguisimo es mi abuelito!

—¡Chachita!—Carmen se vió obligada a reprender a la niña.

—Pero abuelita, si se lo digo de cariño—aclaró Morenita, sonriendo a su abuela y dirigiéndose a su abuelo, que estaba ya rabioso—: ¡Levántate! No ves que si no, te vas a apollillar.

Carmen comprendió que la niña tenía razón, mucho del mal genio de Juan se debía a estar siempre metido en la cama y sin hacer nada.

—Tiene razón la niña. Todo el mundo te lo dice. Levántate y sal a dar un paseo con Chachita, verás qué bien te sienta, Juan —hizo ademán de marcharse, pero antes dijo—: ¡Ah!, y no te olvides de tomar la medicina.

Juan se levantó perezosamente, se puso las zapatillas e intentó ponerse en pie. Chachita, que estaba frente a él, le contuvo, más con su gesto que con su fuerza.

—¿Qué debe hacer una persona cuando se levanta?—preguntó con enorme seriedad Chachita.

—Ponerse las zapatillas, levantarse, vestirse... —respondió un tanto sorprendido Juan.

—¿Y antes de hacer todo esto?—inquirió nuevamente.

—¿...?—interrogó la expresión de Juan.

—Trae que te lo enseñe. —Chachita decidida cogió la mano de Juan obligándole a persignarse—. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. —Hizo una crucecita con sus dedos y ordenó—: ¡Besa la Cruz!

Juan, que se había repuesto de la sorpresa que le había causado Chachita cuando le obligó a persignarse, no quiso besar la Cruz que ésta le ofrecía.

—¡Besa la Cruz!—insistió Morenita con energía.

Juan besó malhumorado y cuando intentaba levantarse nuevamente se opuso Chachita.

—Antes de levantarte, abuelito, debes tomar la medicina —dijo al paso que cogía de la mesilla de noche un frasco y una cuchara.

—¡Sólo me faltaba eso!—clamó Juan, en el colmo de la indignación.

Chachita no se inmutó. Vertió un poco del contenido del frasco en una cuchara y ordenó a su abuelo:

—Abre la boca.

Juan apretó los dientes: un poco por indignación y un mucho por la aversión a la amarga medicina. Chachita no se preocupó por eso: apretó con sus deditos la nariz de su abuelo y obligán-

dolo, al cortarle la respiración, a abrir la boca, aprovechó ese momento para introducirle en ella la cuchara con la medicina.

Juan protestó rabioso. Pero lo importante era que, a pesar de sus protestas y gracias a Morenita Clara, aquel día había rezado, tomado la medicina y nos atreveremos a decir, había empezado a querer a Chachita.

EL TRIUNFO DE MORENITA CLARA

Aquel día Juan, en contra de su costumbre, bajó a desayunar. Se sentaron en la mesa, además de él, Chachita y Carmen. Adrián pidió que le sirvieran el desayuno en su cuarto, cuando se enteró que la gitanilla desayunaría en el comedor.

Cuando Roque preguntó a Chachita lo que quería desayunar, se quedó asombrado al recibir la respuesta: huevos, carne, jamón, dulces y un sinnúmero de cosas más. Juan pidió tan sólo un vaso de leche.

Tuvo por fortuna el criado el suficiente sentido común para no servirle todo lo que había pedido, salvando de esta manera a Morenita Clara de una indigestión segura. Aun así, el desayuno que trajo a Chachita podía recibir casi el título de comida. Nada más ver Juan el apetito con que su nieta ingería la colación, sintió una voz que desde su estómago le pedía comida.

—Roque, sirvame un filete—dijo al criado.

—¿El señor va a comer carne?—preguntó con natural extrañeza Roque, pues sabía que su señor sentía verdadera aversión por este plato.

—Sí, un buen filete—dijo al paso que con sus manos señalaba en el plato del tamaño que lo quería.

—No se olvide de las patatas—añadió Chachita.

—Eso mismo—corroboró Juan—. Y tampoco de la ensalada.

Roque hizo asombrado una leve inclinación de asentimiento y se marchó en busca del plato que deseaba su señor.



Por la tarde, aprovechando Chachita la visita del padre Jesús, quiso lucir sus habilidades de danzarina ante sus abuelos, y rogó a Carmen que tocara el piano.

No se hizo rogar la abuelita, se sentó ante el piano y comenzó a interpretar la música que Chachita le indicó.

A las primeras notas Morenita Clara alzó los brazos y poco a poco los fué descendiendo, al tiempo que sus manos bordaban en el aire primores del mejor estilo del baile gitano. Su cuerpo se movía al compás de la música, lento y pausado en determinados momentos; en otros, daba un giro rápido haciendo levantar el vuelo de su falda. Danzaba abstraída: como quien se entrega a un rito. Continuó danzando así hasta que al terminar la música y después de dar varias vueltas se dejó caer al suelo imitando con su vestido y la última «pose» de su cuerpo, a una bella y hermosa flor.

Durante su baile las doncellas habían acudido llenas de curiosidad y no pudieron reprimir una encendida ovación cuando Chachita terminó su danza. No duraron mucho los aplausos, pues Roque, que acababa de llegar, hizo una seña de reproche a sus compañeras, obligándolas a cesar de aplaudir y retirarse.

No dejó por ello Chachita de oír aplausos, pues el padre Jesús y Carmen, entusiasmados, continuaron aplaudiendo unos instan-

tes. Tan sólo Juan reaccionó, aparentemente, con frialdad a la magnífica demostración artística de su nieta. A él, pues, se dirigió Morenita Clara un tanto extrañada por no haber recibido elogio alguno, como era de esperar.

—¿No te ha gustado?—preguntó Chachita.

—Sí, niña—asintió Juan.

—Entonces, ¿por qué no has aplaudido?

—No es necesario armar escándalo para celebrar una cosa—dijo un tanto seco Juan.

—¿Pero ni siquiera una sonrisa?—y añadió fingiendo seriedad—: Voy a tener que enseñarte a sonreír.

El padre Jesús, profundo conocedor como de la psicosis humana era, se levantó para marcharse e hizo una señal a Carmen para que le imitase; sabía que Juan se resistiría, dado su estúpido orgullo, a toda muestra de cariño hacia su nieta en tanto estuviese presente algún familiar o amigo suyo.

Efectivamente, así fué. Nada más hubieron salido, Juan cogió en brazos a su nieta y le preguntó cariñosamente:

—¿Quién te enseñó a bailar tan bien, Morenita Clara?

—Rafael y Juana «la larga»—repuso Chachita, entristecida, al recordar los malos momentos que había pasado cuando vivía entre gitanos—: Dos gitanos muy malos.

—¿Por qué dices que eran malos, Chachita?—inquirió Juan, interesado.

—Estaban casados, y como no tenían hijos querían que yo aprendiese a bailar, para llevarme luego con ellos a las ferias y ganar mucho dinero. Cuando no quería bailar me pegaban con una vara muy larga.

—¿Consentía eso tu madre?—preguntó enfadado Juan.

—Es que yo no se lo decía para no disgustarla—explicó Chachita—. ¡Si hubiera tenido papá!

—¿Se lo hubieras dicho?

—Sí; pero no hubiera hecho falta, porque a las demás niñas que tienen papá no las pegan. ¡Si yo hubiera tenido papá!

Acarició mimosa a su abuelito y le expetó:



Morenita Clara lucía sus habilidades de danzaria.



Soledad, la esposa de Carlos, era una auténtica y bella gitana de tez morena y delicada.



—Roque, s'rvame un filete.



Morenita Clara, la mes traviesa de toda la chiquillería de su barrio.



Morenita Clara alzó los
brazos y poco a poco los
fue descendiendo.



—Antes de levantarte,
abuelito, debes tomar la
medicina.



La gravedad de Morán Clara, movió el corazón de su abuelo.



El señor cura era el ídolo de todos los niños de aquella mísera barriada.



Había visto de cerca la
misericordia en que vivían...



Subieron juntos a los
caballitos del tío vivos.



Contemplaba 'embelesado', el baile de Morenita Clara.



—Despidete de tu abuelito, Morenita Clara.



Danzaba como quien se entrega a un rito.



—¡Déjame, Chachita!
No tengo ya edad para estas cosas.



—Márchese en seguida.
No necesito despedirme
de mi madre.



—Largo de aquí y no
vuelvas.

—¿Quieres ser tu mi papá para que nadie me pegue más?

—Sí, hija, sí—respondió Juan sin poder evitar que una lágrima de ternura resbalara por sus mejillas.



Por la noche, Chachita durmió en la habitación de los abuelos. Nada más despertar dió los buenos días y obligó a su abuelito a persignarse, que esta vez ofreció menos resistencia.

Carmen, siempre la primera en levantarse, estaba ya vestida y se dispuso a salir no sin antes recomendar a Chachita que hiciera tomar la medicina a su abuelo.

—¿Por qué tienes que tomar esta medicina?—preguntó Morenita Clara con curiosidad.

—No sé, hija mía, no me hace ningún efecto. Pero tu abuela se obstina en que la tome—explicó Juan.

—¿Y por qué no te gusta? ¿Sabe mal acaso?

—Sí, muy mal. Está muy amarga—dijo Juan, poniendo cara de repugnancia.

—A ver—dijo Chachita, y cogiendo el frasco bebió un poco de la medicina. No pudo evitar el escupir lo que había bebido— ¡Huy! ¡Qué asco! —y añadió—: Abuelito, no quiero que vuelvas a tomar esto. Está muy malo.

—Lo ves como tenía razón, Chachita. Pero, ¿qué dirá tu abuela si no me ve tomar la medicina?—preguntó Juan, preocupado.

—No te preocupes, abuelito. Con un poco de magia gitana yo voy a convertir la medicina mala en medicina buena—dijo Chachita, misteriosamente.

Colocó el frasco en la mesilla y, ante la extrañeza de Juan, dió con sus manitas unos pases misteriosos sobre la medicina, diciendo:

«Abracadabra, pata de cabra.
Medicina mala, vete de mí vera.
Abracadabra, pata de cabra.
Medicina mala, conviértete en buena.»

Después destapó el frasco y riendo a carcajadas vació su contenido en una escupidera. C cogió la jarra del agua, llenó el frasco y echó en él un poco de azúcar que encontró en un azucarero que había en la bandeja del desayuno. Lo agitó bien y dijo después a su abuelito:

—Ya está terminando el encantamiento. Ya puedes tomar la medicina sin que te dé asco,

Juan rió de buena gana y abrazó agradecido a su nietecita.

—Cuando venga la abuelita—explicó Chachita—, yo te doy la medicina. Pero tienes que poner cara de asco, si no, se dará cuenta del truco.

En ese momento entró Carmen y preguntó al ver a Chachita con el frasco en la mano,

—¿Tomaste ya la medicina, Juan?

—No—respondió Chachita por su abuelo—, Pero en seguida la va a tomar —y dirigiéndose a su abuelo, dijo, fingiendo seriedad—: Tómala la medicina ahora mismo.

—Trac—dijo Juan, fingiendo resignación,

Juan no pudo evitar relamerse de gusto. Chachita tuvo que dar un codazo a su abuelo para que cambiara de expresión, antes de que Carmen se diera cuenta de la trampa. Juan tosió y fingió repugnancia, balbuciendo unas palabras de protesta:

—Verdaderamente no sé cómo tienes estómago para tomarte esa medicina—dijo Carmen, dirigiéndose a su marido—. Yo en tu lugar no sé si la tomaría.

Juan y Chachita se miraron y sonrieron.



Aquella tarde Juan llevó a su nietecita a la verbena. Se vistió con uno de sus mejores trajes: era la primera vez que salía con Chachita y quería estar elegante.

A Morenita Clara se encargó de vestirla su abuelita. La peinó con el pelo suelto y adornó su cabeza con un bonete de lana terminando en una graciosa borla. Hacía juego el sombrerito con su lindo vestido de falda muy corta adornado con florecitas y con su preciosa tozerita.

El primer sitio en que estuvieron en la feria, fué en un tobogán que estaba formado por una escalerilla que conducía a una pequeña plataforma, de donde partía un ancho canal por donde se deslizaban los chiquillos y que llegaba hasta el suelo.

Nada más lo hubo visto, Chachita corrió hacia él y subiendo por la escalerilla se dejó deslizar por el canal. Cuando llegó al suelo, debió encontrar la experiencia interesante porque se obs-
tinó en que subiera su abuelito.

—¡Chiquilla! ¿Estás loca?—se defendió Juan.

—¡Pero qué abuelo más requetemiedoso tengo! — exclamó Morenita Clara con graciosa seriedad, y ordenó, mientras lo empujaba en dirección a la escalerilla—: ¡Sube!

Juan titubeó unos instantes, pero se decidió al fin a subir. Cuando hubo alcanzado la plataforma apareció como un monumento a la comicidad. Elegantemente vestido: sombrero, bastón y guantes, resultaba graciosamente ridículo el verle temblar de miedo subido sobre un juego de niños. Por fin, se sentó sobre el canal y con expresión de terror en el semblante, se deslizó hasta el suelo sin sufrir daño alguno.

Repuesto del susto y después de pasarse las manos por el cuerpo en busca de un hueso roto, dijo muy serio:

—Espera un momento, Chachita —y se dirigió, sonriendo, nuevamente al tobogán para volver a deslizarse por él.

Roto el hielo, Juan consideró que tenía el mismo derecho que Chachita a divertirse y que no debía perderse ninguna de las diversiones de la feria. Subieron juntos a los caballitos del «tlo-vivo» que subían y bajaban al paso que daban vueltas. Montaron en los cochecitos eléctricos. Cuando subieron a la noria no pudo evitar Juan un pequeño mareo. Comieron unos churros sabrosísimos y unos buñuelos deliciosos. Chachita reía contenta: no recordaba haberse divertido jamás como en esos momentos. Lo mismo le sucedía a Juan.



Se hallaba Carmen esperando el regreso de su marido y de su nieta, cuando le anunciaron la llegada del padre Jesús.

—Buenas noches, Carmen, ¿y nuestro hombre? —preguntó.

—Ha ido a la verbena con Chachita—dijo Carmen, y añadió, mirando al cielo por una de las ventanas—: No tardarán en regresar, pues salieron muy temprano y ya es casi de noche.

—¿Entonces la cosa marcha bien? ¿Ha conquistado ya a su abuelo?—inquirió, sonriente, el padre Jesús.

—Ya lo creo—afirmó Carmen—. No tiene ojos más que para ella. Apenas si le importa que le vean jugando con la niña. Además—prosiguió—, hay que ver cuánto ha cambiado, no se siente enfermo nunca y come con un apetito excelente.

El padre Jesús sonrió.

—Entonces—dijo—, ya es hora.

—¿De qué?—preguntó Carmen, interesada.

—De llevarme a Chachita — contestó resuelto el sacerdote.

—¿Para qué?—inquirió extrañada Carmen sin comprender el porqué de las palabras del padre Jesús.

—Muy sencillo—explicó el sacerdote—. Como ya le ha tomado cariño, será un golpe muy rudo la separación. Entonces —prosiguió—, cuando desee que regrese nuevamente a esta casa impondré una condición; que venga acompañada de su madre. ¿Qué le parece la idea?

—Magnífica — repuso Carmen, otorgando su consentimiento—. Gracias a su interés, padre, será posible que vea realizado mi sueño de reunir a toda la familia en esta casa. Gracias—terminó diciendo.

En aquel momento oyeron voces en el «hall» y supusieron que serían Juan y Chachita que regresaban de la verbena. Carmen se fué a recibirlos y encontró a Juan que corría tras Chachita sin que pudiera alcanzarla, pues se escabullía entre los muebles.

—¡Trae esa fotografía!—ordenó Juan, viendo que no lograba darle alcance—. No quiero que la vea nadie.

Chachita, al ver a su abuela, corrió a sus brazos para refugiarse.

—Mira, abuelita, la «foto» que nos han hecho al abuelito y a mí—dijo al paso que mostraba a su abuela la fotografía que en vano tratara de coger Juan.

Juan se encogió de hombros. Ya no podía evitar que le viesen fotografiado a cuatro pies con Chachita montada a caballo sobre él.

El padre Jesús, que había acudido también a recibirles, se acercó para ver la fotografía. Juan intentó impedirselo pero no lo consiguió. Cuando la vió, el sacerdote no pudo contener la risa.

—¿Es que no puede retratarse un abuelo con su nieta sin que se rían de él?—preguntó molesto Juan.

—No me rela de ti—contestó el sacerdote—. Me roía del caballo.

—Déjate de ironías y dime qué te trae por aquí—inquirió Juan.

—He venido para llevarme a la niña—repuso el sacerdote.

—¿Por qué? ¿La he tratado mal acaso? — La voz de Juan era de honda preocupación.

—No. Pero su madre no puede vivir sin ella y quiero que la lleve otra vez a su lado—explicó el padre Jesús.

—Está bien, llévatela—dijo malhumorado, sin poder evitar que notaran el disgusto que le ocasionaba, y queriendo disimular, añadió—: No me importa absolutamente nada.

—Vámonos entonces—dijo el padre Jesús a Chachita, y agregó—: Despidete de tus abuelitos, Morenita Clara.

Chachita se acercó compungida a su abuelito y quiso darle un beso. No lo consintió Juan, quería demostrar que, como había dicho, no le importaba absolutamente nada la marcha de su nieta. La niña, comprendiendo que su abuelo la quería aunque no la besara, no se ofendió. Se dirigió a Carmen y después de besarla dijo:

—Adiós, abuelita, ¿me dejarás que vuelva otra vez?

—Sí, ya lo creo—repuso apenada Carmen—. Adiós, Morenita Clara—se despidió.

Chachita tiró un beso con sus manos a Juan y se marchó en compañía de su padrino.

Cuando salieron, Juan empezó a dar muestras de su contrariedad. Pidió a su esposa que le trajera el periódico. Carmen le indicó que lo tenía en la mesilla que había junto a la butaca donde se encontraba sentado.

—¡Ese, no! Es de ayer—dijo, gruñendo.

Carmen se acercó y comprobó la fecha, no tenía razón su marido: era el periódico del día.

—Si es de hoy—dijo, entregandoselo.

—No lo quiero—rehusó Juan, contradiciéndose, y añadió—: Puedes marcharte si quieres.

Carmen comprendió, al ver sus torpezas y contradicciones, el

estado de ánimo en que se encontraba y aceptó sumisa su indicación, se marchó de la habitación dejándole solo.

Apenas oyó cerrar la puerta, sacó Juan de su bolsillo la fotografía en que estaba retratado con su nieta y con las lágrimas en los ojos depositó en ella el beso que su orgullo le impidió dar a Chachita.

CHACHITA REGRESA ACOMPAÑADA

Se hallaba Juan en el comedor mirando el desayuno sin intentar apenas probarlo, era tal el estado de ánimo en que se encontraba desde la marcha de su nieta que se había tomado apático y había perdido el apetito, cuando llegó el padre Jesús. Al oír su saludo, Juan se volvió anhelante para ver si traía a Morenita Clara. Su mirada recorrió la habitación en vano; el padre Jesús había venido solo.

—¿A quién buscas?—preguntó el sacerdote.

—Creí que te acompañaba alguien—explicó Juan.

—Pues has de saber que ese «aigüena» no ha venido—dijo el padre Jesús, y añadió, seguro del efecto que sus palabras producirían en el ánimo de su interlocutor— porque está enferma.

A Juan no le importó demostrar el inmenso cariño que sentía por su nieta; el rudo golpe de la enfermedad de Morenita Clara había derribado por completo su orgullo.

—¿Qué le sucede? ¿Cómo está?—preguntó, inquieto.

—Una pequeña intoxicación. Cuando la llevaste a la verbena debiste darle de comer algo que le hizo daño—explicó el sacerdote.

—¿Y cómo has tardado tanto en venir a decírmelo, sabiendo además que era por culpa mía?

—Supuse que no te importaba—respondió el padre Jesús, encogiéndose de hombros.

—¿Importarme? ¡Ya lo creo!—dijo Juan, añadiendo—: ¿Dónde está? Quiero verla.

—Lo siento, Juan, no podrás ir—lamentó el sacerdote.

—¿Por qué no?—preguntó, extrañado.

—Esta con su madre y supongo que no querrás encontrarte con ella.

—No me importa ya. Vámonos. ¡Aprisa!—ordenó impaciente Juan.



Aquella noche Juan permaneció junto al lecho de Chachita sin moverse un solo instante. La niña, en el delirio producido por la fiebre, le nombraba incesantemente. Juan se estremecía de dolor pensando que él había sido, aunque involuntariamente, causante de la enfermedad de Chachita.

Al llegar la mañana fué necesario que Soledad le arrancara del lecho.

—Don Juan Alberto—le dijo—, váyase a descansar, ha pasado muy mala noche.

—Peor la ha pasado la pobre Chachita—respondió Juan.

—¡Qué bueno es usted!—exclamó Soledad—. ¡Pensar que estando enfermo, ha pasado la noche junto a mi niña! No sé cómo pagárselo.

—¿Es posible que me creas a mi bueno? Yo, que tanto mal os he hecho?—preguntó incrédulo Juan—. ¡Tú sí que eres buena, Soledad!—terminó diciendo.

—Fui yo la que se lo hice, casándome en contra de su voluntad con Carlos. ¿Me perdona?—suplicó la gitana.

—Tú eres quien debes perdonarme a mí, Soledad. ¡Perdón!
—sollozó, besando sus manos.



La fiebre de Chachita fué disminuyendo y entró en franca mejoría. Parecía que la presencia de su abuelo, junto a su cabecera, había reanimado sus infantiles ánimos, comprendiendo que la simpatía que la profesase el anciano podía repercutir favorablemente sobre su madre. En cuanto a Soledad, tuvo ocasión de conocer profundamente el carácter de su suegro. Por el Padre Jesús sabía que transcurría su vida amargado por el reuma y agobiado por los recuerdos de otros tiempos más felices. La muerte de su hijo, tan trágica y tan inesperada acabó de agriar su carácter, ya predispuesto a ello desde que Carlos le desobedeció tan manifiestamente casándose con una gitana, que si, podría ser todo lo buena, honrada y bonita que quisiera, pero que no era de su clase. Pero ahora Soledad se vió atraída por don Juan Alberto. Su constante mal humor había desaparecido en contacto con su saladisima nieta que le tenía completamente sorbido el seso. Y Soledad se decía, siguiendo a la creencia popular, que quien demuestra un amor y un cariño tan acendrado hacia los niños, no puede ser malo en el sentido estricto. Claro que don Juan Alberto se había portado mal con ella, dejándola abandonada a la buena de Dios durante todos aquellos años que siguieron a la muerte de su Carlos. Pero ahora... Dios parecía haber tocado su corazón y se disponía a reparar.

Cuando Chachita se hubo repuesto de su enfermedad, Juan decidió que madre e hija fueran a vivir a su casa. Había visto

de cerca la miseria en que vivían y, queriéndolas como ya las quería, no podía permitir que continuase esa situación por más tiempo.

Así pues un día se presentó en su casa en compañía de su nuera y su nieta. Al principio Soledad se sintió un poco cohibida de entrar, casi como señora, vestida con un traje de cretona floreada. La magnificencia del hogar de don Juan Alberto la sobrecogió un tanto, pero por poco tiempo, al apreciar el desparpajo con que se desenvolvía Morenita en aquel ambiente de lujo y suntuosidad. Asimismo las palabras del padre de Carlos la devolvieron casi toda su confianza, al alentarla éste, intuyendo su timidez.

El recibimiento que tributó Carmen a Soledad y Chachita cuando éstas llegaron a su casa fué cariñosísimo. Después de los abrazos y saludos, Juan llamó a los criados para presentárselos a Soledad.

—Roque, Andrés, Eufalia, Felisa e Inés—dijo, señalando a cada uno de los criados al paso que los nombraba. Después, señalando a Soledad, dijo—: Esta es Soledad, la esposa de Carlos, a quien desde hoy atenderán y servirán en todo cuanto necesite.

De toda la servidumbre, Roque fué el único que permaneció indiferente, los demás hicieron una pequeña reverencia a la nueva señora.

Tan sólo quedaba salvar un escollo: la oposición de Adrián. Juan se dirigió por ello en busca de su hijastro y cuando lo hubo encontrado le dijo:

—Adrián, desde hoy vivirán en esta casa tu cuñada y tu sobrina. ¿Supongo que no darás ningún escándalo? ¿No querrás amargar los últimos años que te quedan de vida a tu padre?

—Está bien, lo haré por ti y no por esas gitanas—dijo con desprecio, y añadió—: ¿No estaré obligado a ser cariñoso, verdad?

—De esa obligación estás exento, Adrián. Ahora bien, guárdate de ser grosero—advirtió con gesto enérgico Juan.

Adrián afirmó con la cabeza y con aire disgustado:

Aunque aparentó conformidad, su alma rebosaba hiel y hos.

tilidad hacia las recién llegadas. Aquellas advenedizas bien podrían hacer variar el testamento de su padrastro, en el que salía primer beneficiario. Ahora aquella «pelma» de niña que no sabía más que revolver, trastornaba en un dos por tres los planes cultivados después de largo tiempo de hipocresía y oculta maldad. Sin embargo procuró ocultar sus ruines pensamientos en lo más recóndito de su corazón. Al fin y al cabo sería una gitana como las restantes que conocía: sucia, engreída y fácilmente vanal.

Poco tiempo después tuvo que rectificar el concepto al ocurrir lo siguiente:

* * *

Fué inevitable que a las pocas horas de estar Soledad en la casa se encontrara con Adrián. La gitana saludó:

—Buenos días — y preguntó—: ¿Es usted por casualidad Adrián?

—El mismo. ¿Y usted no será Soledad?—inquirió Adrián, admirado por la belleza incomperable de la gitana.

—La misma que viste y calza—respondió con gracia Soledad, y viendo la cara de sorpresa de Adrián, preguntó—: ¿Qué le sucede?

—Perdono, es que no esperaba encontrar una mujer tan guapa.

La seriedad con que dijo el piropo hizo reír a Soledad;

—¿Qué esperaba encontrarse entonces, ¿una gitana fea y «desalifiá»?

—Dispense, no he entendido eso de des... desa..., no sé qué más.

Soledad rió nuevamente.

—«Desalifiá», que le decimos nosotros los gitanos a una

mujer que va sucia y sin arreglar—dijo, aclarando el significado de la palabra.

—Si he de ser sincero—respondió galante Adrián—, tampoco esperaba que fuese tan simpática.

—Gracias—repuso Soledad, y sospechando la intención de su cuñado—, iba usted a la calle, ¿verdad?

—Sí—respondió un tanto confuso por la indirecta, y agregó, despidiéndose—: Adiós, Soledad, encantado en haberla conocido.

—Adiós—respondió la gitana, añadiendo guasona—: ¡Cuidadito con los coches! No vaya usted muy aprisa—terminó diciendo con segundas.

Vió alejarse hacia la puerta a la gentil y bellísima Soledad. Era la viuda de su hermanastro, pero ya era libre. Un ramalazo de pasión agitó todo su ser. Comprendió que sin Soledad no podría vivir, que su existencia no tendría objeto. Y bien a su pesar tuvo que variar el atribilarlo concepto que había formado de la raza «calè».



Aquella tarde Chachita hizo una nueva demostración de sus habilidades de danzarina. Esta vez, Soledad cantó para acompañar a su hija en el baile. Su voz sonó alegre y bien timbrada:

Soleá

En un barrio de Sevilla,
castizo barrio cañí,
conosí a una gitanilla,
¡vaya mosita gachí!
Sus ojos eran dos soles.

que quemaban ar mirar;
 su cuerpo regaba flores,
 su boca ansias de amar.

Estribillo

Ay Soleá, Soleá,
 rosío de amanecé.
 Es la gloria de Sevilla
 de tu boca gitanilla
 el Rojo, rojo clavé.

Ar pasar la vera mía
 no me pue contesté,
 y la pregunté arrobao:
 —¿La Macarena es usted?
 Me contestó ella ar punto:
 —Soy la Reina del calé,
 tan Virgen como la Virgen
 más bella no pué ser.

(al estribillo y fin)

Adrián, que esta vez estaba presente, no apartó un solo instante la vista de Soledad, que no había perdido su particular encanto al cambiar su traje de gitana por un precioso vestido de tarde, que lucía con la desenvoltura de quien está acostumbrada a vestir con elegancia.

Durante todo el tiempo en que cantaba, Adrián no separó sus ojos de Soledad. La transformación había favorecido notablemente a la joven, y Adrián pensó que la distinción con que llevaba su indumento, así como la rapidez con que se había adaptado

a su nueva posición social era un nuevo atractivo más que podía unir a los que iba descubriendo en la madre de su sobrina.

Entre tanto Chachita bordaba filigranas en el aire, con toda la gracia y la sal de su madre flamenca. Bailaba maravillosamente para sus pocos años. Sus piecitos repicaban sobre el entarimado rítmicamente e imprimían a sus movimientos una agilidad tan encantadora, que Juan Alberto se la comía con los ojos, mientras que en éstos se traslucía su incontenible orgullo que le proporcionaba tener una nietecilla tan gentil y tan salada.

Cuando terminó de bailar Chachita, exclamó su abuelo:

—¡Qué pena no tener solamente diez años!

—¿Para qué?—interrogó Soledad.

—Para bailar una zambra con Morenita Clara—fué la respuesta de Juan.

—No importa que seas mayor—dijo la niña—. Puedes bailar conmigo si quieres —y le cogió del brazo, sacándole a bailar.

—¡Déjame, Chachita! No tengo ya edad para estas cosas—se defendió Juan.

—Sí, abuelo, sí. Baila conmigo—se obstinó la nieta.

Verdaderamente Morenita Clara era irresistible a veces. Y aquel mohín tan delicioso que hacía al invitarle a bailar... Nada, nada. Que allí iba el abuelo. Sin encomendarse a Dios ni al diablo, olvidado por completo de todos sus achaques y pasados berrinches y disgustos. Adrián contempló por un momento al anciano y a la niña completamente felices y ajenos a cuanto les rodeaba. Como siguiera tan en auge el cariño de su padrastro por Chachita, ya se podía despedir de su participación en la herencia del viejo. Y eso él no estaba dispuesto a consentirlo. El tiempo diría...

Don Juan Alberto se estaba divirtiendo de lo lindo. Había descubierto que su reuma se curaba mejor bailando fandanguillos, que tomando potingues y aguas medicinales. Y el milagro lo había hecho su nieta, que le animaba en aquel momento a seguir el compás de la música retozona.

El abuelo accedió. En el preciso momento en que iniciaba un giro con las manos en alto, entró Roque y anunció solemne:

—Los señores de Belalcázar.

Los Belalcázar eran unas personas como es fácil encontrar en cualquier ambiente mundano. Engreídos y convencidos de su propio valer frecuentaban de vez en cuando la casa de don Juan Alberto atraídos por la saneada fortuna de éste y su mecilenta salud. No en vano favorecían las relaciones entre Adriano y su hija Rosita. La señora en verdad parecía un escaparate. Ampulosa, onrada y agobiante para el desdichado que tuviera el infortunio de aguantarla en una visita. No sabía más que hablar de su modista, de su médico y de su cocinera. Que si se estaba haciendo un traje tonel; que si Regulez, su médico, le había dicho que sufría de la pituitaria; que si su cocinera le había sisado en la compra. En fin que la buena señora estaba lo que se dice agobiada. En cuanto al señor Belalcázar era un infeliz. Dominado por el mastodonte de su esposa, sabía que la única ley que tenía que seguir era la que le dictaba ésta y su hija Rosita. Esta última era una criatura cursi que su única obsesión era ir vestida a la «derniere mode» de París. Aunque por su aspecto parecía que ni la vistieran en Torreledones. Claro que la joven no tenía la culpa de tener tal carácter, forjado por su madre que, como hemos dicho, era la que empujaba el cetro familiar.

Aquel buen día se les había ocurrido ir a ver a Juan. Habían oído decir algunas cosas de una gitana y una niña que habían ido a vivir a casa de éste. Hasta les habían llegado a decir que dicha gitana era la viuda de Carlos. Y aquello les había sentado pero que muy mal. Que la ilustre sangre de los Belalcázar de Monteorégano emparentase con la de una gitana o desarrapada cualquiera. No lo consentirían. Claro que no. Así que ni cortos ni perezosos los rollizos cónyuges se presentaron ante la quinta del anciano.

Y al entrar sorprendieron al abuelo danzando con su nieta. Verdaderamente Juan estaba loco. A sus años bailando con aquella criatura, seguramente su nieta, pero que iba vestida como una gitanilla del mismo Sacromonte. Pese a la frialdad con que iniciaron su visita, no pudieron por menos de esbozar una burlona

sonrisa. Morenita Clara, que la captó, sacó desvergonzadamente la lengua a la señora Belalcázar, que la miró impertinentemente y al ver la actitud de la niña masculló un bufido, fingiendo no verla.

—Buenas tardes—saludó la señora de Belalcázar, que venía acompañada por su marido y por su hija Rosita, prometida de Adrián—. No le pregunto por su salud porque veo que está usted perfectamente.

—Buenas tardes—respondió Juan, un tanto violentado—. Siéntense.

Juan dijo esto más por cumplido que por otra cosa. Le había desagradado que aquella arpa le sorprendiera jugando con su nieta, más que por otra cosa porque la lengua larga haría de aquella expansión inocente la comidilla de toda la ciudad.

Sucedió un silencio forzado. En cuanto a Rosita, después de haber recibido aquel bochorno merecido de Morenita, miró inquisidora a Soledad que de pie junto al piano devolvió la mirada con notoria frialdad, al percibir los sentimientos que animaban a su propietaria. Esto bastó para que Rosita se imaginase la víctima del drama.

Queriendo romper el hielo Adrián se dirigió hacia su novia.

—Hola, Rosita.

—Hola—respondió secamente su prometida.

—¿Qué te pasa?—preguntó extrañado Adrián, viéndola tan arisca.

—¡Qué me va a pasar!—exclamó Rosita, y añadió—: Me di perfecta cuenta cuando entré en esta casa. ¿O es que crees que soy ciega?

—¿Por qué te expresas de esa manera, Rosita? No te comprendo.

La joven, despechada, prorrumpió con pasión:

—No te hagas el desentendido. De sobra sabes que estoy molesta por la presencia de esa mujercuela—dijo con desprecio, mirando a Soledad—, y por tu actitud hacia ella—terminó resuelta Rosita.

—Te juro...—empezó diciendo Adrián.

—No jures nada. No hace falta. Hemos terminado.

Se hizo un profundo silencio. Por una parte Adrián, estupefacto ante las suposiciones de su novia, se mordía los labios furiosamente al ver cómo se complicaban los acontecimientos. Y que la idiota de su novia se imaginara... ¡ja, ja! Qué cosas había que oír. Lo gracioso del caso era que la gitana, con toda su espléndida hermosura le gustaba, pero un rato largo. Lástima que fuera tan arisca... Pero ya domaría él a la fierecilla. Y en cuanto a Rosita, como siguiera perseverando en aquella actitud tan imbécil, pues peor para ella...

—Pues hemos terminado—murmuró entre dientes con tan manifiesta despreocupación que, pese al enfado que tenía, su novia le miró asombrada.

Mientras así hablaban Adrián y Rosita, los padres de ésta se expresaron duramente con Juan.

—Comprenderá usted nuestra actitud—dijo la señora de Belalcázar, que parecía más decidida que su marido—. Están ustedes emparentados con unas gitanas. La sociedad ha empezado ya a criticarles. No tardarán en murmurar de sus amigos, por ello nos vemos precisados a romper nuestra amistad. ¡Desgraciadamente, vivimos en un mundo que no perdona ciertas cosas!—terminó diciendo.

—Eso es, en un mundo que no perdona ciertas cosas...—el señor Belalcázar corroboró la opinión de su esposa.

El buen señor no añadió que el mundo le perdonaba a él, entre otras cosas, ser un calzorazos y que la batuta de su hogar la llevase su mujer. Se limitó a dar un suspiro y arrellenarse más en el sofá. ¡Ah, aquellos tiempos felices de soltería, qué lejos estaban!... Y una lágrima pugnó por salir, aunque no pudo, de sus gruesos párpados.

Chachita, que había permanecido escuchando toda la conversación, sorprendida por la dureza con que trataban a su abuelo, salió en su defensa:

—Abuelito, si estos señores le molestan, que se marchen.

Si una bomba hubiera caído en la mansión no hubiera provocado mayor asombro a los Belalcázar. A ellos, de la sangre de los Monteorégano, los echaban. Y para colmo de la ofensa eran echados por una mocosuela que aun no hacía quince días se refocilaba con unos cuantos pilletes en el barro del arroyo. Necesariamente tenía que ser eso, pues otra cosa hubiera sido inconcebible. Poniendo de pie toda su mole y con la dignidad de un camello ofendido la señora Belalcázar miró asustada a Morenita Clara a través de sus impertinentes y le dijo:

—Sí; no hace falta que nos lo digas. Nos marchamos.

Juan, ante el desplante de su nieta, estaba gozando lo increíble. Morenita Clara había sabido abatir el orgullo de aquella pájara de mal agüero. Le estaba bien empleado por meterse a dar consejos a quien no se lo podían. Así que no hizo nada para mitigar el sofoco que estaba sufriendo la señora. Muerto de risa señaló irónicamente la puerta...

Juan señaló la puerta, invitándoles a que salieran inmediatamente.

—¡Uf! ¡Cada vez hay peor educación en el mundo! ¡Dios me libre!...—se desahogaba la Belalcázar.

—Adiós, ¡Hasta nunca!—dijo con voz irritada.

Esta, viendo que no estaba el horno para bollos, cogiendo su bolso tomó lo más rápidamente que pudo el portante, seguida de una carcajada general.

JUAN ENFERMA

— La pasión que Adrián sentía por Soledad comenzaba a desbordarse. Careciendo de voluntad como carecía, fué incapaz de contener su deseo. Aquella misma noche se dirigió al cuarto de Soledad.

— ¡Adrián! — exclamó asustada la gitana cuando le vió entrar.

— Soledad. No te asustes — dijo, queriendo tranquilizarla —. Vengo tan sólo a decirte que he roto mis relaciones con Rosita. Soledad no respondió nada.

— ¿Sabes por qué? — Adrián hizo la pregunta por ella —. Pues porque te quiero.

— ¿Qué dice? ¿Está usted loco? — preguntó inquieta Soledad.

— Si lo estoy, pero por ti, Soledad querida — respondió apasionado Adrián.

— ¡Márchese! — ordenó la gitana, enérgica. Había visto en la expresión de su rostro que no le animaban buenas intenciones.

Adrián hizo caso omiso a sus palabras y avanzó decidido hacia ella, tratando de abrazarla.

— ¡Quieto! — ordenó Soledad, y como viera que no hacía caso de su orden le abofeteó.

Adrián la soltó. Se llevó la mano a la mejilla y exclamó, airado:

—¡Se tendrá usted que arrepentir de esto, Soledad!

Se dirigió a la puerta y cuando la abrió se encontró con quien menos hubiese deseado encontrarse en aquel instante.

Apoyado al quicio de la puerta estaba don Juan Alberto de la Rosa.



El buen hombre, después de haberse retirado a descansar de las fatigas del día, se había levantado con dirección al cuarto de baño. En medio del pasillo fué sorprendido por la intempestiva conversación que provenía de la habitación de su nuera. Detúvose un momento ante el umbral y esperó entre una confusión de ideas, por lo que pudo escuchar la violenta escena que se desarrollaba entre su hijastro y Soledad. Entonces comprendió cuál era la verdadera naturaleza de Adrián y su verdadero carácter. La verdad se hizo luz rápidamente en su cerebro y se horrorizó de haber alimentado una víbora en el seno de su hogar durante tan largos años sin descubrirla antes. Comprendió en aquel momento muchas cosas que había notado en diferentes ocasiones, y que había tomado normalmente por ligerezas de ninguna trascendencia y en las que podía incurrir cualquier joven. Se sintió dominado por la ira. Una ola de sangre le afluyó al rostro. Sin embargo, haciendo un esfuerzo sobrehumano pudo dominar el ataque cardíaco que sobrevenía. El médico había dicho que el próximo sería mortal. Pero necesitaba vivir por lo menos unas horas más para repudiar al culpable.

Cuando el joven abrió la puerta y se iba derrotado sin haber conseguido sus propósitos, quedó petrificado al ver al anciano

que le miraba sombríamente con el rostro contraído por la ira. Pero lo que le dió miedo fué la mortal palidez que sobrevino al anciano al prorrumpir:

—¡Bellaco! ¡Largo de aquí!

Haciendo un violento esfuerzo alzó el brazo y su diestra cruzó el rostro de su hijastro.

Por segunda vez era Adrián castigado duramente por las personas a quien juntamente con su madre debía más respeto y veneración en el mundo. Cabizbajo y no atreviéndose a afrontar la ira de su padrastro se alejó lentamente, seguido por la mirada extraviada de éste.

Fué entonces cuando Juan se sintió verdaderamente mal. Tanta ingratitud y tanta maldad le postraron repentinamente... Que un ser a quien durante toda su vida había amado y favorecido, colmando todas sus necesidades materiales se comportase así. Y que éste fuese Adrián, en quien había puesto toda su confianza y cariño.

Consiguió llegar, poco a poco, apoyándose en los muebles, hasta su habitación. Se acostó y trató de descansar. A la mañana siguiente, y presintiendo que sus minutos estaban contados, mandó llamar al padre Jesús.

Comprendió que el fin de Juan estaba muy próximo y que éste quizás no lo supiera.

Cuando llegó, el sacerdote se dió inmediatamente cuenta de la gravedad de la situación. Conociendo su incredulidad, origen de su abandono religioso, temió que el motivo de la llamada de Juan fuera únicamente para hacerle alguna recomendación como amigo y no para pedirle su absolución como sacerdote. Por ello, la primera pregunta que le hizo fué la siguiente:

—¿Para qué me deseas, Juan?

—Te he mandado llamar—respondió Juan con voz fatigada—porque mi conciencia me lo ha ordenado así. Quiero morir en paz con Dios.

El padre Jesús elevó al cielo una oración de agradecimiento.

Hubiera sufrido mucho si un gran amigo suyo, como lo era Juan, hubiese muerto sin estar en gracia de Dios.

El sacerdote se sentó junto a la cabecera de su cama y dijo:
—Cuando quieras, Juan, puedes empezar.

Hizo Juan con sincero arrepentimiento una larga confesión de sus pecados. Al terminar, mientras rezaba el acto de contrición, el padre Jesús le dió la absolución.

Por fin, la luz inundó el alma de Juan.

• • •

Chachita sufrió mucho por la enfermedad de su abuelo, creía que la causa de ella estaba en el disgusto que recibió cuando los señores de Belalcázar le visitaron. Se sentía en parte culpable, pues ella había sido el motivo de ese disgusto y la embargaba hondo pesar por ello. Prodigó por esta razón sus cuidados a Juan durante las horas que siguieron a su enfermedad, tratando en vano de resucitar la alegría en el semblante de su abuelo.

Recorrió al fin, al último recurso que tenía, y fué corriendo a vestirse con su traje de gitana, decidida a bailar ante su abuelo para intentar animarle.

Cuando ya vestida de gitana iba a entrar en la habitación de su abuelo, su madre la detuvo:

—No entres, chiquilla; no vayas a importunarle.

Carmen, que estaba con Soledad haciendo compañía a su esposo, intervino:

—No la detengas. Quizás logre alegrarle —y añadió con voz débil para evitar que Juan la oyera—: Así al menos morirá sonriente.

Chachita entró y se dirigió a su abuelito:

—Abuelito, no quiero que estés triste. He venido para que te alegres viéndome bailar.

Juan apenas si pudo esbozar una sonrisa de gratitud.

¡Pobre Chachita! Qué dolor para él no haberla conocido antes. Su vida hubiera sido muy otra y con sus gorjeos hubiera animado su vejez. Y ahora cuando aun no hacía unos días en que la felicidad le había sonreído, Adrián, con su indigno comportamiento, lo había estropeado todo. Claro que se había puesto en paz con Dios y le había perdonado aun costosamente. Pero sin embargo la pena le arrastraba al sepulcro.

Ahora lo principal era que la nietecita no se diera cuenta de su estado. Un dulce sopor le iba invadiendo. Comprendió que estaba agonizando, pero siguió con la sonrisa en sus labios tumefactos.

Entretanto Morenita Clara, completamente ajena del estado de su abuelo, inició su baile cantando con voz dulce y queda:

Morenita Clara inició su baile cantando con voz dulce y queda:

Penitas tengo en el alma
que no las puedo contar
porque son más numerosas
que arenitas de la mar.

Yo río cuando tú ríes
y gozo cuando tú gozas
y sufro cuando tú sufres
y peno cuando tú lloras.

Yo me muero no sé cómo
y mi mal es no sé qué;
yo sanaré no sé cuándo
si me cura quien yo sé.

Yo quisiera y no quisiera,
que son dos cosas contrarias;
quisiera que me quisieras
peró que no me olvidaras.

No pudo terminar, vió que su abuelito daba un hondo suspiro e inclinaba su cabeza. Corrió hacia él y preguntó inquieta a Carmen y Soledad:

—¿Qué le pasa al abuelto? ¿Por qué no abre los ojos?

—Se ha dormido—respondió conteniendo sus lágrimas Carmen queriendo tranquilizarla.

Chachita no lo creyó: había visto la imagen de la muerte retratada en el semblante de su abuelo. Rompió a llorar y se abrazó a él.

—Abuelito, abre los ojos. No te mueras—dijo entre lágrimas.

Ni Carmen ni Soledad pudieron ya reprimir el llanto que desbordaba sus ojos. El luto había cubierto los corazones de las dos mujeres y de la niña.

Entretanto Juan Alberto entraba en la eternidad. Dios, en su misericordia infinita, le había acogido en su seno.

EL TESTAMENTO

Con la muerte de Juan Alberto, Adrián vió abierto el camino de su venganza. Ahora aprendería aquella gitana melindrosa, si no sabía doblegarse a sus deseos. El sería inflexible, y si no cedía... Y en cuanto a la niña ya le enseñaría él a tener buena crianza.

Soledad comprendió desde el primer instante su insegura posición en la casa de su difunto suegro. Aunque Carmen, la abuelita de Chachita, había llegado a querer a ambas profundamente, comprendió que el amor maternal cegaría en ocasiones a la buena señora, por lo que ésta no llegaría a darse cuenta de la violencia que la presencia de Adrián le proporcionaba, violencia que aumentaría ahora, pues desaparecido el único obstáculo que podía oponerse a los propósitos de éste su situación se haría más comprometida de día en día. Los días que siguieron a la muerte de su abuelo, Morenita los pasó desconsolada. No quería ni comer, y cada vez que veía cualquier objeto que había sido del corriente uso de don Juan Alberto, prorrumpía en amargas lágrimas. Poco a poco Soledad y Carmen fueron calmándola y a la semana, poco

más o menos, Morenita Clara era la misma, aunque también tenía su penita oculta.

Entonces fué cuando Soledad dispuso la marcha. Se había quedado unos cuantos días después de la desgracia, más por acompañar a su suegra a sobrelevar el dolor y para que Chachita se repusiera de la fuerte emoción que había sufrido con el fallecimiento del buen viejo, que por otra cosa. Comprendía que su presencia no haría otra cosa que exacerbar los ánimos de Adrián, que desde aquel día no la había arrojado más que algunas miradas de despecho.

Fuó a notificar su partida a Carmen, poniendo un futil pretexto, pero su suegra no quiso oír ni hablar de ello. Para colmo de los males la poco caballerosa actitud de Adrián días después provocó una lógica reacción. Enfurecido y completamente fuera de sí ante la infranqueable muralla opuesta por la virtud de Soledad, la conminó a que saliera inmediatamente de la casa junto con Morenita Clara.

Sin embargo, antes de irse quisieron despedirse de Carmen, para darle las gracias, por sus bondades para con ellas durante su estancia en la casa de la que ahora eran arrojadas tan injustamente.

Pero Adrián no lo quiso permitir.

—¡Márchense en seguida!—ordenó, señalando a la puerta de la calle. No necesitan para nada despedirse de mi madre. Y tú, Roque —añadió, dirigiéndose al malévolo doméstico que andaba huroneando por allí—, acompáñalas para que no se pierdan... No tienen por qué despedirse de nadie.

Adrián comprendía que si su incalificable conducta llegaba a oídos de su madre, ésta, mucho más enérgica que el difunto padrasto, cuando se trataba de remediar alguna injusticia, no consentiría que se saliera con sus designios.

En aquel momento la serena voz de Carmen habló desde lo alto de la escalera:

—Lo sé todo, Adrián. Y no necesitan despedirse de nadie, como tú mismo has dicho, porque no se van.

Sorprendido se volvió todo el grupo. Para disimular su turbación, el joven intentó enfrentarse con su madre. Se rebeló abiertamente:

—Mamá. Debo advertirte que soy dueño absoluto de mi casa, y en ella se debe hacer siempre lo que yo ordene,

Todos se quedaron escandalizados ante tanto cinismo. Hasta el sinvergüenza de mayordomo, Roque, quedó asustado de la desfachatez de que hacía gala su amo.

No sabemos el giro que hubieran tomado los acontecimientos si un aldabonazo que resonó en toda la casa no hubiera distraído momentáneamente la atención de los circunstantes. Abrió Roque la puerta y entró el padre Jesús. Venía acompañado de un señor viejecito, con gafas de montura de oro y que Soledad conocía como el notario de la familia. Apenas vieron a Chachita con su atuendo de gitanilla, la hicieron un mimo. Luego saludaron a todos los presentes. El padre Jesús, al ver a casi todos los habitantes de la casa en el «hall», comentó, extrañado:

—Ni que ocurriera algo, ¿Se marcha alguien?

—Sí—contestó duramente Adrián, sin importarle la presencia del notario, que al fin y al cabo era extraño—. Estas dos gitanas, que ya nada tienen que hacer en mi casa —añadió, señalando despectivamente a Soledad y a Chachita después de recalcar el posesivo.

—¿En su casa? —preguntó el notario, extrañado—. ¿Qué casa? ¿Se refiere usted a ésta?

—Exacto. Me pertenece y yo soy su único y legítimo propietario, al ser heredero directo de mi padre—arguyó con incontestable soberbia Adrián.

—[No me diga!—dijo burlón el notario—. Precisamente venía a leerles el testamento y últimas voluntades del finado por lo que temo que se encuentre en un error.

—Hágalo—habló el padre Jesús, haciendo una pausa para que hubiera silencio, que fué obedecida a regañadientes por el obcecado Adrián, que en su soberbia no se daba cuenta lo desfavorablemente que soplabá el viento para él.

El notario se dirigió a una mesa cercana, y con estudiada meticulosidad, que contribuía acrecentar el interés y expectación de los circunstantes, abrió un portafolio que llevaba consigo, sacando un legajo. Después de deshacerlo, se ajustó los lentes y empezó a carraspear como ora de rigor. Por fin inició la lectura:

—«Yo, Juan Alberto de la Rosa, en pleno uso de mis facultades mentales...»

El sacerdote cortó:

—Al grano, vaya usted al grano.

El notario pasó varias hojas y se detuvo en un párrafo de una de ellas, leyendo:

—«Nombro única heredera de todos mis bienes a mi esposa Carmen Villalón Bermejo, con la condición de que los comparta con mi nuera Soledad y mi nieta Chachita.»

«En cuanto a Adrián, hijo de mi segunda mujer, mientras que con una conducta digna no rehabilite la memoria de que ha sido acreedor por su libertinaje no podrá tocar un solo céntimo de la cantidad que le dejo en usufructo, para que le sea administrada por mi muy querida esposa, cantidad que especifico en cláusula aparte.»

Adrián palideció por la sorpresa, súbitamente cambió de color, la ira agolpó la sangre en sus mejillas.

—¡Es imposible!—bramó—. Mi padre me comunicó que me había nombrado su único heredero, ¡Ese testamento es falso!

—Tiene usted razón en parte, don Adrián—dijo el notario—. Efectivamente, desde hacía años era usted el único heredero, pero hace pocos días don Juan Alberto de la Rosa cambió de pensamiento y, modificó su testamento.

—¡Debiera haberme advertido!—rabió Adrián, pensando que de haber estado enterado de esta modificación habría tenido otro comportamiento para con Soledad y Chachita. Pero ya era tarde.

—Fué deseo de don Juan Alberto que no supiera usted nada hasta la lectura del testamento—explicó al notario.

—Bien—dijo el padre Jesús al notario—; ya nada tenemos que hacer aquí. Vámonos.

Se despidió cariñosamente de Carmen, Soledad y Chachita. Dirigió al atribulado Adrián una mirada de conmiseración.

Adrián se encontró irremisiblemente perdido. Víctima de su propia maldad, las armas que había utilizado se volvían contra él. Sabía que su vida en compañía de aquellos a quienes había ofendido tan gravemente era de todo punto imposible. Carmen fué quien le sacó de su indecisión.

—Adrián—le dijo—, siento tener que perder al hijo que me quedaba. Pero hasta tanto no te diga tu conciencia que eres digno de vivir en esta casa, no vuelvas —y añadió dolorosamente—: Márchate.

Adrián no se resistió a cumplir la orden de su madre. Cogió su sombrero y sin volver la cabeza abrió la puerta y se marchó.

Carmen y Soledad se retiraron al interior de la casa. Chachita y Roque quedaron solos en el «hall».

Ya sólo quedaba una persona indigna en la casa: Roque. Morinita Clara le miró fijamente. Después le dijo con energía:

—¡Fuera de esta casa!

El criado se resistió. Chachita fué decidida a una gran chilmeña que había encendida en el «hall», cogiendo con una tenazas una de las brasas del fuego. Avanzó hacia Roque y preguntó, amenazándole con el fuego:

—¿Ahora sí te quieres marchar?

Roque tembló asustado. Abrió la puerta para marcharse. Cuando salió oyó la voz de Chachita que decía, repitiendo las mismas palabras que Carmen:

—Siento tener que perder un criado. Pero hasta que tu conciencia no te diga que eres digno de vivir en esta casa... —se detuvo y rectificó—: Aunque tu conciencia te diga que eres digno de vivir en esta casa —y terminó gritando—: ¡No vuelvas!

La puerta se cerró, mientras se abrían para la pequeña y su madre la de una vida feliz y llena de satisfacciones.

PRONTO... 401003 00

El Ametralladora

Gran producción mexicana
distribuida en España por

CINEMATOGRAFICA COMERCIAL, S. A.
JACOMETREZO, núm. 14 MADRID

para presentación del nuevo astro de la canción azteca

PEDRO INFANTE

1924 ¡ACONTECIMIENTO!
Miguel de Cervantes Saavedra

?

Don Quijote de la Mancha

alarde artístico de la cinematografía nacional
Producción CIFESA

1948

XXV aniversario en conmemoración literaria
y aparición de BIBLIOTECA FILMS

la clásica novela cinematográfica con la
mejor obra maestra del mundo entero

COLECCION ALAS

75 ediciones

LO QUE DESAGRADA EN LA MUJER
LO QUE DESAGRADA EN EL HOMBRE
EL SECRETARIO AMOROSO
LENGUAJE DE LAS FLORES
CUENTOS GITANOS Y VOCABULARIO CALÉ

1 peseta

CARTAS Y DECLARACIONES DE AMOR
NUEVAS CARTAS AMOROSAS
MANOJO DE CHISTES
PARA HACERSE AMAR
MANOJO DE PIROPOS
PENSAMIENTOS SOBRE LA MUJER Y EL AMOR
DECLARACIONES DE AMOR EN VERSO
EL ARTE DE CONSERVAR LA LINEA
CANTINFLERIAS (Chistes de «Cantinflas»)
ARTE DE COMER BIEN Y BARATO
PIROPOS ESTUDIANTILES
EL ARTE DE ENCONTRAR NOVIO
EL ARTE DE ENCONTRAR NOVIA
COMO ALTERNAR EN SOCIEDAD
CONSEJOS A LOS ENAMORADOS
FELICITACIONES EN PROSA Y VERSO
LLUVIA DE PIROPOS
CHISTES A GRANEL
4 CUENTOS DE AMOR
4 CUENTOS DE HUMOR
150 NUEVOS PIROPOS
JUEGOS DE MANOS
PRESTIDIGITACION
ADIVINACION DEL PENSAMIENTO
ILUSIONISMO
MAGIA
CHISTES BATURROS
ALEGRIA DEL HOGAR
CUENTOS BATURROS
CHISTES ATOMICOS
CONOCIMIENTOS PARA LA MUJER Y EL HOGAR
ARTE DE ESCRIBIR BIEN
BATURRADAS

• AMORES ETERNOS

1 peseta

LOS AMANTES DE TERUEL
ROMEO Y JULIETA
MANON LESCAUT
LA DAMA DE LAS CAMELIAS
PABLO Y VIRGINIA
OTELLO Y DESDEMONA
HAMLET Y OFELIA



Ln 15 v. 18



EVITA MUÑOZ (a) CHACHITA

EVITA MUÑOZ es en la actualidad la más juvenil artista del Séptimo Arte Ibero-Americano. Esta encantadora estrellita nació en Málaga, en el año 1938. Desde la temprana edad de tres años demostró una asombrosa precocidad que maravillaba a todos los que la conocían. Acompañó a sus progenitores a México en el año 1942, año en el que debuta en las tablas en un breve papel, encantando a los espectadores por su gracia y simpatía.

Sin embargo su carrera artística estaba en el cine.

Un conocido productor azteca la vió actuar en un beneficio y durante la temporada teatral del Alameda de México D. F. Intuyendo las grandes posibilidades de "Chachita" le dió a manera de prueba un "rol" en "Qué linda es Michoacán" (película mexicana publicada por EDITORIAL ALAS), en la que junto con Tito Guizar y Gloria Marín obtuvo un rotundo éxito.

Posteriormente y ya en pleno triunfo ha ido interviniendo en "¡Ay, Jalisco, no te rajes!" (película publicada también por EDITORIAL ALAS), con Jorge Negrete (1943). Luego "La hija del Payaso", con Medel; "Morenita Clara", con Margarita Mora (1943); "Chachita" (1944) y últimamente "La pequeña madrecita", emocionante poema de sentimiento que será publicado en breve por EDITORIAL ALAS.

El triunfo de esta gentil estrella en España ha sido debido a CICOSA (Cinematografía Comercial, S. A.), la gran distribuidora cinematográfica nacional, y a los hermanos Rodríguez a los que tanto debe la cinematografía hispano-americana.

Les enviamos un atento saludo desde estas páginas.

EVITA MUÑOZ:

Una exclusiva cinematográfica de CICOSA

Una exclusiva literaria de EDITORIAL ALAS.

3'50 Ptas.